

## EN LA ORILLA

Vivía en un pueblo olvidado de la memoria de Dios. Un pueblo de pescadores. Gris. Silencioso. Extraño.

Su gente sabía perfectamente cual era su función allí. Los hombres, entrar cada día a robarle vida al mar, atrapada en las enormes redes que arrastraban lenta y cuidadosamente, sin pausa, sin alegría ni asombro. Las mujeres, para esperar en la orilla, la bendición del regreso.

Sus figuras reflejaban la vida al sol. Rostros arados por el tiempo, que parecía transcurrir mas rápido en ellos, que en el almanaque. Manos rudas, secas, bautizadas una y otra vez por las cuerdas del trabajo. Colores bronceados, sepia, perdidos en la historia.

Ella parecía no pertenecer a ese lugar. Blanca, tan blanca, bañada por la luz de la luna. Parecía protegida por una burbuja tornasolada. El cuerpo frágil, etéreo, diseñado para la danza del espíritu. Era un ser de otro mundo.

Ni siquiera hablaba el mismo idioma que el resto. Cansada de no lograr comunicarse y de escuchar sin entender, un día dejó de hablar y de oír . No tenía sentido aquella Torre de Babel.

El pueblo susurraba a sus espaldas , que aquella hija de la luna había perdido la razón. Pero de eso, ella nunca se enteró.

Ella solo tenía una preocupación : ¿para qué había nacido en aquel lugar? ¿Qué sería lo que estaba escrito en su destino? Tenía claro que la vida no podía ser solo aquello que ocupaba al resto de los habitantes. Debía necesariamente haber algo mas.

Comenzó a hablar consigo misma. Daba vuelta los pensamientos. Los giraba de arriba a abajo. De derecha a izquierda, les cambiaba los colores, les ponía música y los perfumaba. Iba todas las noches a la orilla del mar, para pensar mejor.

Hasta que una de esas noches, por fin él apareció. Lo vio llegar desde el mar, caminando sereno.

Una estela de plata lo seguía. Iluminado, parecía que su tiempo era eterno. Lentamente se acercó y se sentó a su lado, en la arena fresca y suave. No fue necesario nada más. Él tomó sus manos y las entrelazó con las suyas. Una energía poderosa recorrió su cuerpo y tuvo sentido haber nacido en aquel pueblo. Se reconocieron y su amor ancestral volvió a elevarlos.

Ella nunca supo cuanto tiempo compartieron. Pero saboreó la mágica intimidad espiritual, su boca recorriéndola, sus manos encendiéndole la piel, el acople perfecto de sus cuerpos que parecían diseñados para no separarse jamás. Ambos recordaron amores, aromas, palabras, susurros, canciones... vidas vividas.

Cuando él volvió al mar, no hubieron explicaciones. Ya sabían que su misión era otra y que debía continuar.

Ella volvió cada noche a la orilla del mar. No quería esperar a otra vida para el reencuentro. Pero con el paso del tiempo, la esperanza fue dando lugar a la nostalgia. Buscándolo, se adentraba en las aguas y caminaba sin rumbo. Sus ojos se convirtieron en cataratas de lágrimas de sangre y de fuego, que se petrificaban al contacto con ese lecho líquido y helado. Y ese... fue el origen de los arrecifes de coral.